

El Caballero de la Rosa

COMEDIA MUSICAL EN TRES ACTOS

DE

Hugo von Hofmannsthal



Apuntes sobre el argumento de esta obra

Precio 15 cts.

NUÑEZ Y C. S. en C.

San Ramón, 6

BARCELONA

El Caballero de la Rosa

Alcoba de la Mariscala, llamada también «Bichette». Por una ventana entran los rayos del sol matutino. Octavio, joven gran señor, enamorado de la Mariscala y correspondido por ella, tiene entre las suyas las manos de su amada; le jura amor eterno, cuando se oye rumor de cascabeles que se acercan. Entra un criadito negro que lleva un vestido adornado con cascabeles de plata. Trae el desayuno a S. E. Escóndese Octavio tras un biombo.

ACTO PRIMERO

Aparece la Princesa cubierta con un peinador, y se desayunan juntos los dos amantes. Dice ella que ha soñado que su esposo, de caza en el Raitzenland, había vuelto súbitamente, cuando se oyen rumores en el patio. Los rumores van acercándose. Esta, aturdida, temiendo ver aparecer a su esposo, obliga a Octavio a escondérse en el pabellón de su lecho, corriendo las cortinas. Pero al acercarse las voces re-

conoce la de su primo el barón Ochs, a quien los criados intentan inútilmente impedir el paso.

Para poder explicar la presencia de Octavio en su alcoba, le obliga a vestirse con las ropas de su doncella y a que se marche por la puerta de escape, pero en el mismo instante, ábrese ésta con estrépito, y aparece el barón Ochs, seguido de los criados.

Octavio se encuentra cara a cara con el barón, a quien la Mariscala le presenta como a su nueva doncella.

El Barón explica el objeto de su visita, que no es otro que el de poner en su conocimiento su próximo casamiento, dirigiendo al mismo tiempo miradas incendiarias a Octavio, al que toma por una doncella.

Dice que sólo falta designar al caballero que, como exige la tradición, entregue a la prometida el mensaje nupcial con la simbólica rosa de plata.

Ya está designado, contesta la Mariscala, será el conde Octavio, mi primo, y presentándole un medallón con el retrato de Octavio, exclama: ¡Este es el elegido!

Queda pasmado el Barón ante la semejanza del retrato con la doncella de la Princesa y, al ir a interrogarla, ésta se escapa dando al Barón con la puerta en las narices.

Aparecen el notario, el cocinero mayor y una serie de abigarrados personajes.

El Barón ordena que le traigan el estuche que entierra la rosa de plata y la Princesa le responde que saldrá airosa de su misión.

Queda la Mariscala sola y pensativa cuando aparece Octavio con elegante traje de calle. Este le pregunta el motivo de su tristeza.

Le contesta la Mariscala que tiene el presentimiento que llegará un día en que Octavio la abandonará por otra mujer.

Protesta Octavio de los temores de la Mariscala y al ir a abrazarla ésta lo rechaza diciéndole que es tarde, que en la iglesia deben estar esperándole.

Vuelven los criados para decir que el conde Octavio no se ve por parte alguna.

Llama entonces la Mariscala al negrito de cascabeles, y entregándole el estuche que contiene la rosa de plata, le ordena lo entregue al conde Octavio... El señor conde ya sabe de qué se trata...

Sale corriendo el negrito y la Mariscala queda inmóvil, en actitud de suave y soñadora melancolía, mientras cae lentamente el telón.

ACTO SEGUNDO

Un salón en casa del señor Faninal. Este, su hija Sofía, la dueña y el maestro de ceremonias, están ultimando los detalles para recibir al caballero que precede al esposo y tiene que entregar a la novia la rosa de plata. Se oyen las voces, cada vez más cercanas, de los heraldos que anuncian la llegada del caballero. Poco después, por la puerta del foro, aparece Octavio

vestido de plata y blanco, descubierta la cabeza y llevando en la mano la simbólica rosa; a su lado dos criados, uno de los cuales sostiene la caja que guardaba la rosa de plata.

Se dirige Octavio al encuentro de Sofía y se la entrega en nombre del señor Lerchenan, su primo, en prueba de amor.

Una secreta simpatía, convertida pronto en amor, atrae a ambos jóvenes. Abrese en esto la puerta del foro y el señor de Faninal introduce ceremoniosamente al barón Ochs y lo presenta a Sofía. Como el último se permitiera con ella ciertas libertades, es violentamente rechazado por Sofía, desilusionada al ver su aire vulgar, que contrasta con la delicada distinción de Octavio.

Jura Octavio defenderla con su propia vida y acuerdan oponerse por todos los medios a los proyectos matrimoniales del padre de Sofía. Agradecida, besa ésta la mano de Octavio y cantan un himno de amor.

Rys-Galla y Zephira, espías al servicio del Barón, irrumpen en la sala y cogen fuertemente a ambos, gritando: ¡Traición! A sus gritos comparece el Barón y sus servidores, a cuya vista sueltan aquéllos su presa.

Afea su conducta a Octavio el Barón; le contesta altivo el doncel; protesta Sofía de que la quieran casar a la fuerza, declarando su amor a Octavio; saca éste la espada y ataca furioso, hiriendo al Barón.

Los criados intentan apoderarse de Octavio; pero éste los mantiene a raya haciendo el molinete con la espada.

Junto con el notario y el escribano entra el señor

Faninal, quien jura casar a su hija con el Barón y mandar a la cérceel a Octavio. Después de excusarse, se retira con su servidumbre y Sofía.

ACTO TERCERO

La escena representa una cámara de hotel. Reina una semiobscuridad. Zephira, disfrazada de dama enlutada, y Rys-Galla, dan los últimos toques a su toilette. Empieza la Pantomima, apareciendo todos los personajes que tienen que tomar parte en la celada tendida al Barón. Aparece por fin el Barón y acuden a cumplimentarle infinidad de criados.

Octavio, que representa el papel de doncella y que había escrito al Barón por conducto de Zephira, se deja conquistar y hacer la corte, hasta el momento en que sale de su escondite Zephira y a gritos dice que es la esposa del Barón; cuatro chicuelos se acogen a sus pies, gritándole: ¡Papá!... ¡Papá!... Se asoman y escandalizan los camareros. El Barón pide desde una ventana auxilio.

Acuden a presenciar el espectáculo los ocupantes de las habitaciones vecinas, músicos, criados y curiosos, atraídos por la regocijante escena.

Aparece el señor Faninal con Sofía y su servidumbre y al poco rato la Mariscala.

Octavio y Sofía, con la aprobación del señor de Faninal y de la Mariscal, cantan el eterno himno de amor y, cogidos de las manos, salen lentamente de la escena, cayéndosele a Sofía, sin darse cuenta, su pañuelo.

De pronto se abre la puerta del foro y el negrito, con un candelabro en la mano, busca el pañuelo, lo encuentra, lo recoge del suelo y sale riendo.

FIN